

TUSCULUM I
HUMANISTAS, ANTICUARIOS Y ARQUEÓLOGOS
TRAS LOS PASOS DE CICERÓN

ELENA CASTILLO RAMÍREZ

«L'Erma» di Bretschneider, Roma (2005)

Estamos ante la primera de una serie de monografías sobre el yacimiento arqueológico de Tusculum, encuadrada dentro de un proyecto de investigación que coordina la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma.

En este primer volumen, único publicado hasta la fecha, la autora nos relata pormenorizadamente la historia del yacimiento de Tusculum desde la Edad Media hasta finales del siglo XIX. No estamos, por tanto, ante una memoria de una excavación en curso, sino ante una obra de erudición arqueológica, más próxima a la labor de un *anticuario* —en el mejor y más auténtico sentido de la palabra— que a la de un arqueólogo científico.

El libro, cuidadosamente editado y con numerosas ilustraciones, se divide en dos partes. La primera, titulada significativamente «*Rastreando textos, recorriendo paisajes*», es un recorrido por la historia de Tusculum desde su destrucción, a finales del siglo XII, en el transcurso de las guerras entre el papado y los condes tusculanos, hasta los tiempos en que los jóvenes ilustrados europeos emprendían el obligado e iniciático *Grand Tour* por Italia para visitar sus ruinas y, de paso, vivir *peligrosamente* su exotismo.

Los humanistas italianos fueron los primeros que se interesaron por la geografía histórica, por la localización y descripción de los lugares donde se desarrollaron las vidas y hechos de los antiguos. De muchos de esos lugares sólo quedaba el nombre y el recuerdo de su pasada grandeza.

La polémica acerca de la ubicación de la antigua ciudad de Tusculum y de las villas de Lúculo y, sobre todo, de Cicerón, escenario en que se desarrollan sus *Tusculanae disputationes*, está documentada ya desde tiempos de Petrarca. En esta polémica participaron eruditos, dibujantes, cartógrafos y anticuarios hasta el siglo xvii, entre otros Poggio Bracciolini, Leandro Alberti, Pirro Ligorio, Luca Holstein y Athanasius Kircher.

Un punto de inflexión en la historia del yacimiento se produce en siglo xviii, con el inicio de las primeras excavaciones rigurosas con motivo de la remodelación de las villas de Frascati, bajo la que, supuestamente, reposaban restos de la antigua Tusculum. Aparecen las primeras monografías y estudios rigurosos y críticos sobre el yacimiento, no tan fascinados por los hallazgos y por la grandeza de su pasado como por el deseo, plenamente ilustrado, de encontrar la verdad histórica.

La segunda parte del libro, bajo el título *El descubrimiento definitivo de Tusculum*, da cuenta de la historia del yacimiento desde la adquisición de la villa Rufinella (bajo cuyo solar se extendía una buena parte de la antigua ciudad romana) por Luciano Bonaparte en 1804, hasta las últimas décadas del siglo xix.

Las excavaciones emprendidas por Luciano Bonaparte, si bien tenían por objeto primordial el hallazgo de estatuas —que en buena parte sirvieron para sanear sus maltrechas finanzas— pusieron al descubierto numerosos restos arquitectónicos que atrajeron a eruditos, viajeros y curiosos.

La primera planta que se publicó de estas excavaciones, obra de Antonio Nibby, data de 1819, un año antes de la venta de la villa a Marianna de Saboya, duquesa de Chablais. Los Saboya encomendaron la dirección de las excavaciones a Luigi Biondi, que continuó excavando el yacimiento hasta su muerte en 1839.

Los métodos novedosos de Biondi ya no tenían por objetivo el descubrimiento de estatuas y otras antigüedades, sino la reconstrucción fiel del trazado de la ciudad antigua. En esta etapa el interés suscitado por el yacimiento hizo que este se convirtiera en un auténtico «*parque arqueológico*».

Continuando la labor emprendida por Biondi, Luigi Canina, que ya había trabajado en la parte del yacimiento situada en terrenos de la familia Borghese-Aldobrandini, colindantes con la Rufinella, la culminó con la publicación de la monumental *Descrizione dell'antico Tuscolo* en 1841.

Durante la segunda mitad del siglo xix, con la conmoción política y social que supuso el proceso de la unificación italiana, cesó el ritmo sistemático de las excavaciones, aunque continuaron produciéndose descubrimientos esporádicos hasta finales de siglo y comienzos del xx.

Como en toda buena obra de erudición —y la presente lo es— lo particular es útil en la medida en que nos ayuda a entender lo universal: la autora no desciende al dato para ensimismarse en él, sino que lo *sobrevuela* para explicarlo en su contexto y para explicar el contexto mismo. Esta labor de erudición es aún más meritoria si consideramos la gran amplitud del marco cronológico y temático que abarca la obra.

Por otra parte, los avatares experimentados por el yacimiento a lo largo del tiempo, las sucesivas transmisiones de la propiedad de las tierras en que se ubica, las semblanzas de los arqueólogos que tomaron parte en los trabajos de excavación y las de sus mecenas, son tratados con un rigor y amenidad fuera de lo común. Además, el libro está excelentemente escrito, y su lectura transmite el entusiasmo y el cuidado puestos en su redacción.

Completan la obra una extensa bibliografía y unos útiles índices onomástico, topográfico y analítico.

Sólo cabe hacer a la autora una pequeña objeción: La estatua de bronce de Apolo encontrada en la Rufinella en 1809, y a la que se hace referencia en la página 200 y en el pie de la figura 77, fue vendida en 1844 por los herederos de Luciano Bonaparte a la Gliptoteca de Múnich, donde aún se conserva, y no, evidentemente, a la Gliptoteca de Múnich (nombre de Múnich en italiano).

José Carlos Jordán Reyes